

TIEMPO PASADO. CULTURA DE LA MEMORIA Y GIRO SUBJETIVO. UNA DISCUSIÓN

CAROLINA DELGADO SAHAGÚN
Universidad de Salamanca
✉ carolinadsahagun@gmail.com

de Beatriz Sarlo. Siglo Veintiuno
Editores, 2005, Buenos Aires, 166 pp.

Beatriz Sarlo, una de las ensayistas más prolíficas del panorama cultural argentino, directora de la revista *Punto de Vista*, en su nueva obra, *Tiempo Pasado*, se adentra en el debate sobre el uso de los testimonios como fuente para narrar la Historia, y reflexiona acerca de la manera de acercar al lector la historia política de las décadas de los '60 y '70 en la Argentina. Debido al incremento bibliográfico de escritos en primera persona sobre estas décadas y ante su iniciativa de construir una autobiografía colectiva de los intelectuales del momento, Sarlo reflexiona alrededor de la validez y la confiabilidad de “la primera persona” como forma de abordaje. Se interroga entonces sobre la legitimidad del testimonio autobiográfico, y advierte sobre la necesidad de tomar distancia crítica a la hora de recurrir a este tipo de fuentes para reconstruir el tiempo pasado. Durante toda la obra, la autora coloca en evidencia el déficit existente en los relatos ubicados desde el “yo viví”, cuando se intenta someterlo a los procesos metodológicos que se usan para otras fuentes a la hora de construir Historia.

La estructura de la obra se puede analizar desde conceptos interrelacionados en el ensayo, tales como: construcción de la historia, sujeto, testimonio, experiencia, memoria y posmemoria.

Para escribir Historia es necesario reconstruir el pasado. Para reconstruir ese pasado es inevitable dotar a la investigación de fuentes históricas. “Las ‘vistas al pasado’ (según la fórmula de Benveniste) son construcciones” (p. 13). Pero ese pasado que se intenta reconstruir, esas “vistas al pasado”, se hacen desde el presente porque “el tiempo *propio* del recuerdo es el presente” (p. 10). La autora reacciona contra la construcción en el presente de lo acontecido en el pasado porque “...es ine-

vitabile la marca del presente sobre el acto de narrar el pasado” (p. 64) y advierte de que “no existe testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración” (p. 29).

Para mirar al pasado, sobre todo al más reciente, podemos contar con protagonistas de los hechos históricos que, desde su experiencia, transmitan lo acontecido, o su visión sobre ello. Este giro subjetivo, denominado así por Sarlo, se ha introducido en la forma de narrar Historia, haciéndolo casi un elemento protagónico. Esto es debido a la aparición de un tipo de historia más centrado en historias de vida cotidiana y sujetos periféricos (como mujeres, desamparados, jóvenes...). Para el conocimiento de estos se ofertan fuentes más apegadas al propio sujeto que las construye, que al historiador que las observa. Así se plantean por tanto, nuevas exigencias de método; se necesita una forma diferente de acercarse a las fuentes, de interrogarlas.

“En las última décadas la historia se acercó a la memoria y aprendió a interrogarla; la expansión de las ‘historia orales’ y de las micro-historias es suficiente para probar que este tipo de testimonios ha obtenido una escucha tanto académica cómo mediática” (p. 56). Desde la irrupción del testimonio de masas con la Segunda Guerra Mundial, la memoria se ha convertido en “un impulso moral de la historia y también una de sus fuentes” (p. 57).

Ahora bien, si el testimonio de los sujetos, aporta nuevas y diferentes miradas, sobre los acontecimientos del tiempo pasado, no ha de acercarnos la verdad de lo acontecido por el mero hecho de la experiencia.

Sarlo se propone una revisión de la validez del testimonio y la experiencia personal como forma de narrar una época y se plantea: “¿La experiencia se disuelve o se conserva en el relato?” (p. 27), “porque a veces la intensidad de la experiencia vivida [...] es lo que el testimonio no es capaz de representar” (p. 45). Para analizar estos interrogantes, Beatriz Sarlo, hace un acercamiento a diferentes obras de carácter testimonial, que de alguna u otra manera recogen la experiencia del autor. Entre ellas se cuentan *The little school*, de Alicia Partnoy, y *El Tren de la victoria: Una saga familiar*, de Cristina Zurker, pero su análisis se centra principalmente en otras dos obras: *La Bemba: Acerca del rumor carcelario*, de Emilio de Ipola, y *Poder y Desaparición: Los campos de concentración en la Argentina*, de Pilar Calveiro. La argumentación que presenta alrededor de estas dos obras hace que el lector presuponga lo que sería una manera correcta de

la narración del testimonio: la primera porque está narrada en el tiempo mismo de la experiencia (a su salida de la cárcel) y porque “la experiencia no se rememora, sino que se analiza” (p. 110); la segunda porque “no busca legitimidad ni persuasión, en razones biográficas, sino intelectuales” (p. 115) y porque narrando en tercera persona, “construye una distancia analítica, respecto de los hechos” (p.120).

Una vez desglosada toda la compleja estructura del testimonio cómo fuente e insistiendo en la importancia que este ha tenido en la Argentina “como instrumento jurídico y cómo modo de reconstrucción del pasado, allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables, los actos de la memoria fueron una pieza central de la transición democrática, sustentado a veces por el Estado y de forma permanente por organizaciones de la sociedad” (p. 24). Expone la necesidad de tomar distancia con lo narrado, salvo en este caso, donde “las víctimas hablaban por primera vez y lo que decían no sólo les concernía ellas sino que se convertía en ‘materia prima’ de la indagación y también en impulso de las transiciones democráticas, que en la Argentina se hizo bajo el signo del Nunca Más” (p. 61).

Sarlo se encamina en su penúltimo capítulo hacia un nuevo concepto, el de posmemoria: “designaría la memoria de la generación siguiente a la que padeció o protagonizó los acontecimientos” (p. 126). En este aspecto analiza dos miradas contrapuestas a partir de obras recientes. Primero, se detiene en *Los rubios*, film de Albertina Carri, como caso testigo de subjetividad en la construcción de la posmemoria, en tanto se hace primando la reconstrucción de ella misma, antes que el entendimiento de lo que sucedió con sus progenitores. “Carri no busca las ‘razones’ de sus padres, ni mucho menos la traducción de esas ‘razones’ por los testigos a quién recurre, busca a sus padres en la abstracción de una vida cotidiana irrecuperable, y por eso no puede concentrarse en los motivos que los llevaron a la militancia política y a la muerte” (p. 148). Por otro lado, la película *HIJOS*, de Carmen Guarini, y la obra *El flaco perdón de Dios*, de Juan Gelman y Mara La Madrid, son presentados como un contrapunto frente al enfoque anterior, donde ocupan un rol importante tanto posmemoria como identidad compartida: “no tienen inconvenientes en identificarse con un grupo verdaderamente existente, establecer lazos nacionales e internacionales, y comportarse, para decirlo así, como personas cuyo sufrimiento les ha permitido creer que han

logrado entender a sus padres y las ideas que movieron su militancia” (p. 156).

La posmemoria pues, inscrita en los hijos de aquellos que protagonizaron el hecho, hallada en la generación siguiente no es sino una forma más de memoria según Beatriz Sarlo: “Esta dimensión más específica en términos de tiempo [es también, una forma de recordar] más íntima y subjetiva en términos de textura” (p. 126, el paréntesis es mío).

Hasta aquí la discusión que propone Beatriz Sarlo, atravesada por dos campos de investigación, por dos formas de acercarnos el pasado: la que narra, acercándose al giro subjetivo; y la que analiza lo acontecido en el pasado. Aquí también está incluida la aparición de nuevos actores, de nuevos sujetos históricos, que desde su experiencia, desde el “yo viví” reclaman un hueco en la Historia. Desde la innegable importancia de la primera persona cómo forma “indispensable de restituir aquello que fue borrado por la violencia del terrorismo de Estado” (p. 162) a la problemática de la escritura de una Historia, sólo con testimonios, donde entra en conflicto la verdad. Es un debate dónde de forma magistral se interroga sobre el tiempo para construir la Historia.